## CONTESTACION A LA EPISTOLA

DE MI BUEN AMIGO EL SEÑOR DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON

Mucho he pensado, mi querido Pedro,
en tu ausencia fatal, cuando recibo
tu cariñosa carta; y no me arredro

porque venga en tercetos, pues yo escribo
siempre mal, y la forma no me ofusca,
como baste a expresar lo que concibo.

Esta, que ya adoptamos, algo brusca
es, en verdad, y enmarañada y hosca,
para que salga mi respuesta chusca;

mas tiendo el vuelo de mi pluma tosca,
y voy a remedar con mi respuesta
el vuelo inconsecuente de la mosca

de la mosca cruel, cuando en la siesta
del ardoroso estío, sube, baja,
oscila, para, zumba y nos molesta.

Tanto, buen Alarcón, tu ingenio encaja
en tu carta querida, que te digo
que es más bien que una carta una baraja.

No estoy conforme, a la verdad, contigo
en algunas ideas; las rechazo
con la leal buena fe de buen amigo.

Tú volverás, y la cuestión aplazo
para entonces: en tanto, yo deseo
el verte y darte un cariñoso abrazo.

Voy, pues, a contestarte lo que creo
acerca de la hermosa enciclopedia.
laberinto poético, y mareo

con que a mi mente tu razón asedia,
pintándome los cuadros animados
de la mundana hipócrita comedia.

Empezaré por darte resultados
de tu extraña pregunta; seré exiguo
al responder, mas quedarán fijados

los extremos que quieres. —Es ambiguo
el nombre de «el» o de «la» mar: por eso,
leída la Gramática, averiguo

que, sin caer en falta ni en exceso,
usar de ambos artículos se puede,
y el régimen con ambos queda ileso.



Por lo tanto, Alarcón, aquí sucede
que es «la» o «el» mar sin duda «hermafrodita»
y así es preciso que sentado quede.

En cuanto a su espectáculo, me incita
la descripción que de él haces sublime,
a bendecir en él a la infinita

Omnipotencia, que su sello imprime
en cuantas obras acabó, y en esa
mucho más que en las otras. Yo rendíme

también, cual tú, de admiración; pavesa
ante el mar me juzgué; frío marasmo
sobrecogió mi espíritu, y opresa

el alma mía de solemne pasmo,
alzó al autor de los inmensos mares
himnos de adoración y de entusiasmo.

Yo, como tú, en su orilla los pesares
olvidé de esta vida, y a mis solas,
de los opuestos círculos polares

vi llegar a las playas españolas,
con ronca voz y raudo movimiento,
y estrellarse a mis pies, las recias olas.

Yo, como tú, lancé mi pensamiento
a través de sus nieblas arrecidas,
que el agua forma y que deshace el viento;

y ya las auras leves y dormidas
rizasen ese mar tranquilo, hermoso,
o ya las tempestades contenidas

estallasen, turbando su reposo:
yo con delirio le adoré, admirando
su blanda paz o su vaivén furioso.

Hoy yo, de tu ansiedad participando,
de tus miradas la avidez comprendo
fijas en el Oriente, do tragando

está ya el mar la sangre del tremendo
moscovita y del turco, en la ardua guerra
que apenas ha empezado, y ya está siendo

luto del alma que justicia encierra,
negro baldón y escándalo de Europa,
susto y pesar de la espantada tierra.

Mas ¡oh! ¡la sangre de la mártir tropa
caerá sobre el egregio moribundo
que tantea en su lecho real la ropa!

Su último esfuerzo es, pero infecundo:
quiere al mundo parar, y con más brío
sigue y avanza y le atropella el mundo.

Por eso no es extraño, amigo mío,
que vean tus miradas en Oriente
rojas las olas de ese mar sombrío,



ni que, arrobada de placer tu mente,
«mirándolas no más pases los días»
¡el mar y el porvenir teniendo en frente!...

Pero también, digreso, no te rías
de que yo disparates así agrupe
en estas largas digresiones mías.

Vuelvo, pues, a tu carta, y aunque ocupe
mucho tiempo, Alarcón, en contestarte,
yo a nadie sin respuesta dejar supe.

Elogias a Granada; en esta parte
te sobra la razón, soy granadino
y no es extraño que otro elogio ensarte.

Granada, la del cielo azul, divino;
la de la vega fértil, y las frutas
dulces; la del aroma campesino;

la de los manantiales y las grutas;
la de los huertos, cármenes, jardines,
mágicos bosques, pintorescas rutas;

Granada, la ciudad cuyos confines
son oro, su aire amor, su nombre gloria,
sus hembras inmortales serafines,

sus hombres honra de la noble historia,
Granada, en fin, ciudad que Dios bendijo
y que vive de Dios en la memoria.

es muy digna, Alarcón, de tu prolijo
empeño y de mi afán a enaltecerla,
¡porque tú eres su amante y yo su hijo!

Mas vamos a Almería, blanca perla
que besa el mar y con su espuma baña:
no la he visto jamás; diera por verla

un año de mi vida; y no es extraña
la ansiedad que demuestro y que me inspira
esa hechicera joya de la España,

porque a su nombre mágico delira
mi pobre corazón y arde en mi pecho
de fiel cariño inextinguible pira.

Almería, de flores blando lecho;
sultana de las ondas que se mecen
de las bocas del Ródano al Estrecho

Almería, vergel en donde crecen
las gallardas palmeras orientales
que sombra y frutos a la par ofrecen.

huerto de limoneros y nopales;
bosque de rojas dalias y azucenas;
glorieta de cipreses y rosales;

Almería, mansión de las serenas
noches de luz, de amor y de placeres
de grata paz o de ilusiones llenas:



y Almería, mi amigo, donde hay seres
que ángeles son del cielo descendidos,
aunque en el mundo llámanse mujeres.

¿Qué tal? ¿qué tal...? ¿elogios desmedidos
te parecen quizá los que yo entono
en estos tercetitos mal urdidos?

pues si es así, replícote en el tono
del clemente León de Samaniego:
—«No dijera más Tito, te perdono.»

Punto y párrafo aparte. Yo no niego
que hay muchas cosas gratas; sin embargo,
o veo yo muy mal o tú estás ciego,

o grato juzgas lo que juzgo amargo,
o miro negro lo que blanco miras,
o mido corto lo que mides largo.

Sea de ello lo que fuere, tú conspiras
contra alcaldes, maridos y mineros,
y del fiscal a las tijeras tiras.

como a los ricos tontos y usureros,
porque estás con talento y sin tijeras,
sin vara, sin mujer y sin dineros.

Tú dirás que yo sueño mil quimeras,
que amo y creo, verdad; pero así paso
las horas de la vida lisonjeras.

Ama tú, cree tú, y espera acaso,
¡y verás que es oriente de otra vida
y el de esta vida nebuloso ocaso!

Por último, yo acepto tu ofrecida
dedicatoria de la obreja extraña
que vas a publicar; mas consentida

dejar no puedo la expresión que empaña,
estampada en tu epístola brillante,
el científico honor de nuestra España.

Dices tú que la Francia luz radiante
envía a este rincón triste y sombrío,
y no es así, Alarcón; si en este instante,

con profunda vergüenza y dolor mío,
tengo que confesar que, en parte, es cierto,
¡también es cierto que de luz fué río,

que atravesó de Europa el gran desierto,
donde, en noche polar, otras naciones
gemían en horrible desconcierto!

Aun hoy, por Dios, alientan corazones
y almas tan grandes en la patria nuestra
que a ningunos envidian sus blasones;

¡ni la hundirá la universal palestra
si el rayo de la idea altiva lanza,
o el sable esgrime su potente diestra!



Concluyo, pues, poeta: si no alcanza
mi numen a tu numen, yo te sigo
con la tierna amistad y la esperanza
de que jamás te olvides de tu amigo.

JOSE SALVADOR DE SALVADOR.

Granada, 8 de mayo de 1854.

## CHISPAS Y TEMPANOS

Al fuego lento de tus ojos frito,
tengo en mi corazón verano eterno:
tú, en las neveras de constante invierno,
guardas, Inés, un alma de granito.
Yo me acerco a tu hielo y no tirito,
ni las llamas mitigo de mi infierno:
tú llegas de mi alma al hogar tierno
y en sus ascuas tu nieve no derrito.
¿Cómo encuentro calor donde no hay llama?
¿Cómo no da calor la llama mía?
¿Cómo mi incendio tu esquivez no inflama?
¿Cómo tu hielo mi pasión no enfría?
¡Ay! ¿cuándo nos veremos igualados,
abrasados los dos, o ambos helados?

## MADRIGAL

Te miro, y lloro porque no me miras:
me miras, y suspiro
al hallar el desdén en tu mirada:
suspiro, y lloro porque no suspiras:
suspiras ¡ay! y acongojado miro
que no es por mí... Y así, mujer amada,
no sé si flores son o son abrojos
esos suspiros de tus labios rojos,
ignorando también en mi desdicha
si mi vida o mi muerte son tus ojos.

## MADRIGAL

Si no has de amarme, dime que retire
de ti mi admiración; si no he de amarte,
haz que nunca te mire;
y si no he de mirarte,
deja de ser tan hechicera y pura;
pues mi amor sin tu amor me da la muerte
y a mi pesar te adora el alma al verte
y a mi pesar contemplo tu hermosura...
Así, dulce bien mío,
tu belleza depón o tu desvío.

## EPITAFIO

Llorad aquí los que en veloz huída
cruzáis el tiempo que a la muerte os lanza.
contemplad en ceniza convertida
cuanta ventura a desear se alcanza;
belleza, juventud, virtudes, vida,
dicha, gracias, amor, genio, esperanza.
amiga, hermana, hija, madre, esposa...
¡Todo desvanecido aquí reposa!

## EN UN ALBUM

Estrellas hay en el cielo
que nunca vieron mis ojos,
perdidas en la distancia,
de Dios cercanas al trono.
¿Quién sabe si esas estrellas,
que adivino y no conozco,
hubieran torcido el rumbo
de mi sino doloroso,
si hasta mí hubiera llegado
su trémula luz de oro?
—Teresa, tú eres un astro
que brilla en el cielo ignoto;
¡quién sabe si tú en mi cielo
me hubieras hecho dichoso!
Mas pues tus divinos rayos
mandas al cielo de otro,
nunca de él tu lumbre apartes;
¡que no hay tormento más hórrido
que ver perdido el lucero
en que fijamos los ojos!

## EN OTRO ALBUM

Escucha, hermosa: por el ancho mundo
mi pobre pensamiento
sin norte va perdido:
hoy se para en tu álbum un momento;
mañana de él le arrancará el olvido.
—¡Adiós! Si en medio de la dicha inmensa
que el porvenir reserva a tu hermosura,
tu mente un punto en mi destino piensa,
en mi destino aciago,
me será tu recuerdo una ventura
que prestará a mis días dulce halago.
—Así influye la luz desconocida
de alguna estrella en nuestra triste alma,
marcando el rumbo a nuestra loca vida,
¡nave sin puerto en una mar sin calma!

## EN OTRO ALBUM

Labran las pobres abejas
un rico panal con flores.
y el fruto de sus labores
se lleva un hombre cruel.
Tú, panal, flores los versos.
y abeja yo, que te escribo...
¡Ay! ¡en vano flores libo;
pues será de otro la miel!

## EN OTRO ALBUM

Creciendo en distinto edén,
viven unidas dos palmas:
cuando dos se quieren bien,
unidas así se ven
aun en la ausencia, sus almas.

## EPIGRAMA

Una dama muy delgada
dijo a su amante, enfadada:
—¡Jesús!... ¡muero de despecho!
Y él la contestó: —Es un hecho:
está usted... muy «despechada».